

gafas
invisibles



gafas invisibles

Este cuento nace del trabajo compartido.

Texto creado por: Idaira Alemán Afonso y Daniel Rodríguez,
con la participación imprescindible de Elías y Valeria.

Ilustraciones: Andrea Núñez Caballero

Diseño y maquetación: Toni Álvarez Jubélls
(ideandoqueesgerundio.es)

Cultura, derecho de Todas

Proyecto subvencionado por:



Esta obra está bajo licencia CC BY-NC 4.0.



Nacho era de esos niños que siempre querían saber más. Le encantaba descubrir cosas nuevas: vídeos de magia, gatos bailarines, trucos imposibles. Le gustaba mirar, reír y aprender. Era curioso, como muchos niños de su edad.

Un martes, en el grupo del cole, alguien envió un vídeo “de mayores”. Decían que era divertido, que salían personas haciendo “cosas de personas adultas”.

Algunos se reían, otros se quedaron callados sin saber qué sentir. Nacho quiso parecer mayor. Y lo abrió.

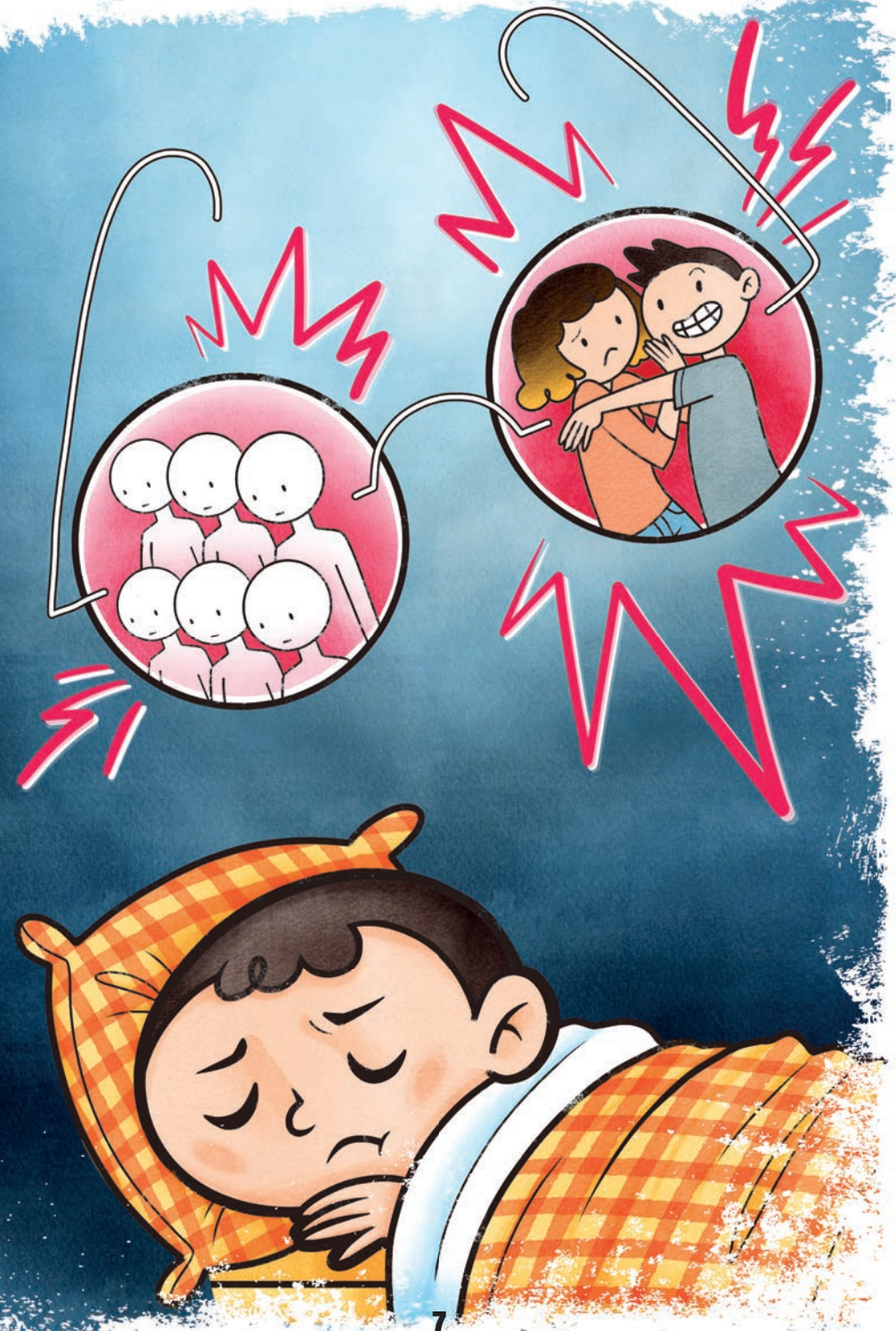
El vídeo duró muy poco, pero fue suficiente para dejarle el estómago revuelto. Sintió curiosidad, vergüenza... y un nudo difícil de nombrar.



Esa noche soñó raro: luces muy fuertes, voces que no sonaban alegres y risas que parecían gritos. Y al día siguiente, el mundo ya no era el mismo.

Desde esa mañana, algo extraño pasaba. Era como si unas gafas invisibles se le hubieran pegado a los ojos. Todo se veía distinto. Las personas ya no parecían personas completas, sino dibujos sin brillo, como si hubieran perdido colores.

Las chicas del cole parecían personajes de un anuncio. Los abrazos se sentían vacíos, sin cariño.



En el recreo, sus amigos empezaron a usar palabras que él nunca había escuchado. Reían, pero no era una risa alegre; era una risa que llevaba piedras dentro.

Nacho también empezó a mirar así... aunque no le gustara. Por dentro se sentía raro, como si una sombra le siguiera a todas partes.

En la tele, en los videojuegos, en los memes, todo parecía repetir lo mismo: "Mira sin pensar," "Ríete de los cuerpos," "Da igual si alguien se siente mal".



Una tarde, su abuela lo observó con atención.

- Tienes los ojos cansados, Nacho - le dijo.

- No he dormido mucho - mintió él.

Pero la verdad era otra: mirar le dolía. Sentía que esas gafas invisibles le mostraban cosas que él no quería ver: miradas de mentira, risas sin alegría, cariños que parecían órdenes.

Esa noche, ya no pudo más.

- Abuela... -susurró-. Creo que tengo los ojos... raros. Veo a la gente como si no fueran personas.

La abuela dejó lo que estaba haciendo y se sentó a su lado.

- No tienes los ojos rotos, mi niño -dijo con suavidad. Lo que pasa es que estás mirando con unas gafas que otros te pusieron. A veces pasa cuando vemos cosas para las que no estábamos preparados.



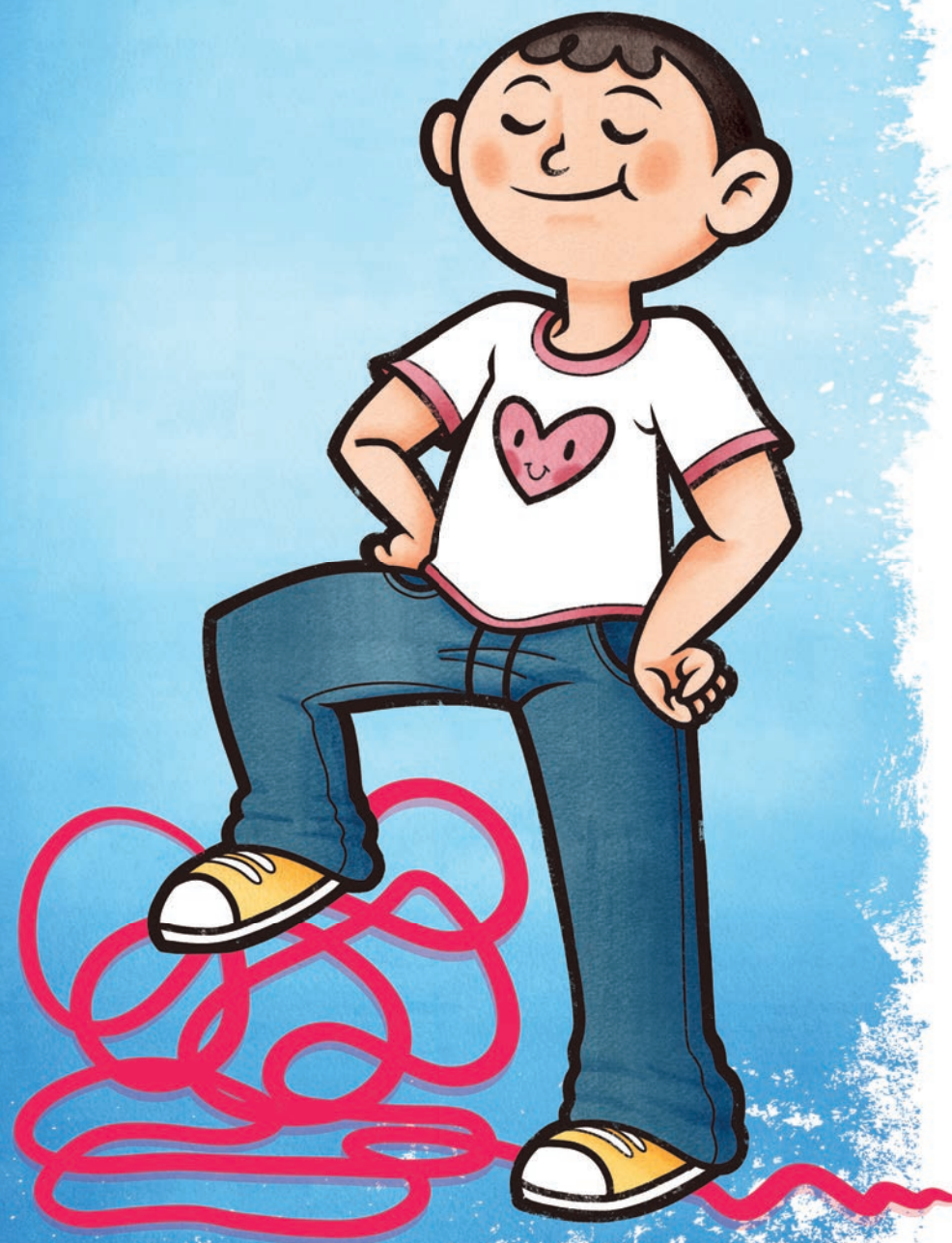
-¿ Y cómo me las quito? -preguntó él, casi en un hilo de voz.

-Primero hay que entender lo que te enseñaron mal -le explicó ella. Esos vídeos hacen que veas a las personas como objetos que se usan, no como personas que sienten. Por eso duelen tanto esas gafas. Y aunque a veces los muestren como “diversión”, eso nunca es cariño.

Nacho se quedó pensando un largo rato.

-Entonces... ¿el cariño duele?

-No, hijo -respondió ella-. El cariño pregunta. El cariño escucha. El cariño cuida. Hablar de lo que has visto es la primera forma de quitarte esas gafas.



Al día siguiente, Nacho empezó a fijarse más.

Ya no se reía de los chistes que humillaban. Se preguntaba por qué en tantos juegos y vídeos las chicas aparecían medio desnudas y los chicos siempre como héroes duros.

Con el corazón latiéndole fuerte, un día, en clase, levantó la mano:

-Profe... ¿por qué en algunos vídeos las chicas parecen felices aunque las traten mal?

La profe lo miró sorprendida, pero con cariño.

-Buena pregunta, Nacho -respondió. A veces, algunos vídeos hacen ver que algo violento es divertido. Por eso tenemos que aprender a mirar con respeto y ternura, no solo con los ojos.



Esa tarde, Nacho escribió en su libreta:

“Yo puedo aprender a mirar con ternura.”

Cada palabra era como limpiar un pedacito más del cristal de las gafas. Pasaron los días. Las gafas ya no apretaban. A veces volvían, sí, cuando escuchaba bromas duras o veía cosas raras en redes.

Entonces Nacho recordaba las palabras de su abuela:

“Si algo te hace mirar sin respeto, respira... quítate las gafas... y vuelve a mirar con ternura.”

yo puedo
aprender a
mirar con
ternura! ✨



Una mañana, en el patio, un grupo de chicos hacía bromas sobre una compañera. Nacho sintió que las gafas intentaban volver a ponerse. Respiró hondo.

-No mola hablar así - dijo con voz firme. Las personas se cuidan.

Y las gafas... se rompieron en un millón de chispas invisibles que se hicieron polvo.

Ese día, el mundo volvió a tener colores de verdad. Las miradas eran alegres. Las risas eran limpias. Y el cariño, por fin, no daba miedo.

A veces, aún nota una sombra pequeña. Pero ya sabe reconocerla. Y cuando aparece, Nacho se dice:

“No son mis ojos. Son las gafas que otros me pusieron. Y yo ya aprendí a mirar con ternura.”



Nacho es un niño curioso que un día empieza a ver el mundo de forma distinta. Algo invisible cambia su manera de mirar y de entender a las personas. Con ayuda y valentía, aprenderá a hacerse preguntas y a mirar con más cuidado.

Un cuento sensible sobre la ternura, el respeto y la importancia de aprender a mirar.

Cultura, derecho de Todas

Proyecto subvencionado por:

